

XXVI.

La que del sol de la esperanza brota
Es una luz rosada, que ilumina
Con rayos de oro la rejion remota
Donde risueña la ilusion domina:
Mas su horizonte azul en playa ignota
De mar tempestuosísimo termina;
En cuya playa estéril llora uraño,
Solitario y desnudo el desengaño.

XXVII.

¡Quién sabe si la raza mexicana
Que á su segundo emperador espera,
Su segunda corona vá mañana
En la sangre á arrojar con la primera!
Mas retumba el cañon: ya la campana
La comitiva anuncia, y la carrera
Despejan por las filas circulando
Señales de atencion, voces de mando.

XXVIII.

Ya está libre la vía: ya el ambiente
Vibra al són de las trompas y atabales:
Ya vé avanzar la mexicana jente
Sus tropas y banderas nacionales,
Donde brillan con luz de sol naciente
La corona y las armas imperiales:
Y en cien carrozas de esplendente lujo
Cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX.

Clero, ciudad, consejos, rejidores,
Las damas de palacio, la grandeza,
Chambelanes, rejencia, embajadores,
Ciencia, majistratura, armas, nobleza;
Placas, bordados, plumas, blondas, flores,
La corte, en fin, con su imperial riqueza,
Como un enjambre de áureas mariposas,
Avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX.

Luego en grupo fastástico que ondéa,
La imperial comitiva, que camina
Con grave lentitud: en él campéa
De la brillante guardia palatina
El uniforme rojo y la librea
Roja imperial; cuyo color domina
De aquel dorado grupo entre las olas,
Como entre rubia miés las amapolas.

XXXI.

Y.... ¡qué delirios la aprension inventa!
El *rojo* que, apagando los colores
Todos, al avanzar rojos ostenta
Pajes, guardias, aurigas, picadores.....
De su manto imperial cáuda sangrienta
Parece trás los dos Emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
Vértigo dan al alma y á los ojos!

XXXII.

Ellos son: la apiñada muchedumbre
Se aglomera, y á verles se prepara,
De ver á sus monarcas sin costumbre
Y espectáculo tál de ver avara.
Ya avanza entre su roja servidumbre
La carroza imperial; ya cara á cara
Mira el pueblo á sus nobles soberanos,
Y.... olvida por mirar lenguas y manos.

XXXIII.

Ellos son; la simpática Carlota,
De alto decoro y dignidad modelo:
Sencillez en alcázares ignota
Dá á su faz juvenil púdico velo:
Grave, serena, perspicaz, lo nota
Todo, y mira de frente, sin recelo
De parecer, fijándose, altanera;
Que no tiene doblez su alma sincera.

XXXIV.

Su cabeza jentil se gallardea
En sus hombros con gracia soberana:
Su frente nobilísima rodea
Con la imperial diadema mexicana:
En sus brillantes diáfanos campea
El águila que fué republicana;
Y al pueblo absorto al saludar Carlota,
Luz, como un astro, de su frente brota.

XXXV.

Blanco como los copos de la nieve
Que de Alemania cubre las montañas,
Rubio, que dar al sol envidia debe;
Y tán rico de barba y de pestañas
Que, cuando al saludar su busto mueve,
De su barba partida las marañas
Riquísimas circundan su semblante
De áurea luz con ráfaga ondulante;

XXXVI.

Cortés, sencillo, natural, sereno
Maximiliano avanza. Su figura
Noble y característica, en el pleno
Período juvenil, más que hermosura
Rebosa estilo y dignidad: ajeno
De altivez imperial, su fé segura
Revela en el cortés Maximiliano
Más el hombre leal que el Soberano.

XXXVII.

Tradicion de la jente primitiva
Del idólatra Anáhuac moradora,
Fué que, hija del sol, á venir iba
Raza rubia á ser de él conquistadora;
Y vé el indio tal vez tradicion viva,
Llegar al rubio emperador ahora:
Y si no hijo del sol, del sol hermano
Le parece tal vez Maximiliano.

XXXVIII.

Sus ojos, de un azul más trasparente
Que el del cielo de México, se posan
Sobre la multitud tán francamente,
Que si ojos hay que provocarles osan,
Sondan bién la honradez benevolente,
La fé y la lealtad en que rebosan:
Los ojos del leal Maximiliano
Tienen la calma del valor cristiano.

XXXIX.

Rica de juventud y de hermosura,
Modelo de elegancia cortesana,
Iris augurador de paz futura,
Avanza la pareja soberana
Con benévola faz é intencion pura
Entre la absorta turba mexicana;
Y recorrido ya el mayor espacio
De la carrera, avistan el palacio.

XL.

La milicia les rinde los honores
Que su alto rango y dignidad reclaman:
Polvo de oro y esencias entre flores
Sobre ellos al pasar francas derraman
Las damas mexicanas, en primores
Táles sin par; pero ¿por qué no aclaman
Las turbas espesísimas sus nombres,
Ni lanzan vivas en su honor los hombres?

XLI.

¿Por qué un grito espontáneo no levanta
México ante el cortés Maximiliano?
Al ver tál juventud y gracia tánta
¿Qué es lo que dice el pueblo mexicano?
“Que entra con mala sombra y mala planta:
Porque pone á su sόlio el soberano
Bayonetas francesas por alfombra
Y del pendon francés bajo la sombra.”

XLII.

Los pueblos tienen siempre más instinto
Que las sesudas testas diplomáticas.
Á éstas las llevan siempre á un laberinto
Sus elucubraciones sistemáticas;
Los pueblos ven su mal claro y distinto
Y hacen sobre él buen juicio y buenas pláticas:
Lo que en el sólio México vé malo
Es el favor del inconstante Galo.

XLIII.

El pueblo es ignorante: nunca estiende
Sobre el papel discursos eruditos:
Mas por instinto su interés comprende,
Porque su instinto se lo dice á gritos:
Ni le alucina nunca quien le vende
Aunque le haga discursos muy bonitos:
Dijo la Intervencion: "Paz, abundancia,
Imperio y ley" y el pueblo dijo: "Francia!"

XLIV.

México es hijo nuestro. Cárlos quinto
Su primer rey con Francia se batía
Al poblar de españoles su recinto:
Al renegar de España nos veía
Con ella en guerra, y heredó ese instinto
Contra Francia en la sangre que hasta el día
Tiene nuestra; y la tiene aunque le ciegue
Su ódio é ingratitud y la reniegue.

XLV.

Mas ¡la sombra de Francia es tñ odiosa
Que torne descortés á un pueblo entero
Con una dama tñ jentíl y hermosa
Y un príncipe leal y caballero?
¡No queda de hoy en su carácter cosa
De su carácter español primero?
Republicano ó nó ¿puede á un saludo
México liberal quedarse mudo?

XLVI.

No: quedan, aunque ayer republicanas,
Raza de las hidalgas españolas,
Mil jenerosas damas mexicanas
Que, corazon y fé guardando solas,
Arrojan por balcones y ventanas
De oro y esencias y de flores olas:
Enviando con la ofrenda de sus manos
Sus almas á los nobles soberanos.

XLVII.

La mujer siempre es noble y jenerosa
En toda edad y pueblo: por instinto,
Es imparcial y justa: no la acosa
La política vil con su inextinto
Rencor: la mexicana cariñosa
Recibió al sucesor de Cárlos quinto,
Porque su instinto femenino sentía
Por la pareja mártir simpatía.

XLVIII.

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!
Dios por tu instinto fraternal te abone
Cuando el ruin ódio que tu pueblo abriga
Contra la Europa tras la lid se encone:
Tú que tiendes no más tu mano amiga
Al que ahí Dios en el tormento pone,
¡Que Dios te tienda su Paterna Mano
Entre el pueblo al fallar y el soberano!

XLIX.

Fué una ovacion al fin: frente el palacio
Al llegar, de ambas calles de Plateros
Las damas anublaron el espacio
Canastillos por él lanzando enteros
Sobre el silencio descortés, reacio
Y ofensivo á tan nobles extranjeros:
Una voz delicada y femenina
Hizo al pueblo estallar como una mina.

L.

“¡Viva el Emperador!” A par veloces
Son la electricidad y el entusiasmo:
Evocó aquella voz todas la voces
É hizo al pueblo salir de su marasmo:
Y aun los republicanos más feroces
Arrastrados sintiéndose con pasmo,
Rompieron, á su franca iniciativa
En un inmenso y estruendoso viva.

LI.

Como abriendo sus flancos de repente
Lanza un nublado en el barranco seco
Abierto entre dos montes un torrente,
En el ámbito azul del aire hueco
Lanzó aquel viva unánime, estridente,
Un torrente de ruido: á cuyo éco
Ondeó sobre la plaza y el palacio
La trama de la luz en el espacio.

LII.

Roto una vez su dique, el agua, el ruido
Y el entusiasmo al fin se precipitan,
Y son inundacion, trueno, estallido,
Frenesí, que arrebatan y que ajitan
Cuanto al precipitarse han recojido:
Y así en México estallan, crujen, gritan
Y repican frenéticas y locas,
Salvas, campanas, músicas y bocas.

LIII.

Entraron en su alcázar entre flores
Y entre esta, aunque tardía, jigantea
Aclamacion los dos Emperadores.
El sangriento color de su librea
Fué el último de todos los colores,
Que vió la multitud que victorea:
Y el séquito imperial dejó en mis ojos
Del siniestro color los visos rojos.

LIV.

Porque yo estaba allí; yo conocía
La raza y el país; yo era extranjero
En él y huésped: mas nacido había
Hidalgo y español, y soy sincero,
Sentí por ellos honda simpatía:
Y ella tán noble y él tán caballero....
Me parecieron pájaros sin nido,
Que, por darse á volar, le habían perdido.

LV.

¿Por qué tienden á América su vuelo
Esta garza réal de blanca pluma
Y este noble condor de ojos de cielo?
¿Qué es lo que esperan encontrar en suma
De la ya libre América en el suelo,
Si en la tierra infeliz de Moctezuma
No han dejado los vicios de los hombres
Sino males no más con buenos nombres?

LVI.

Vuelve á tu limpia Béljica, Carlota:
Torna á tu Miramar, Maximiliano.
Llanto y sangre no más es lo que brota
Y espinas de oro el suelo mexicano.
De Austria y de Moctezuma os dá ya rota
La corona imperial traidora mano.
¡Ay del que por malicia ó ignorancia
Os trae aquí bajo el pendon de Francia!